

Bol. Acad. peru. leng. 79. 2026 (273-300)

EL CONCEPTO DE «INSANIA MORAL», ADULTERIO Y GÉNERO EN *MUJER ROTA* (2020), DE IRMA DEL ÁGUILA

The concept of “moral insanity,” adultery, and gender
in *Mujer rota* (2020) by Irma del Águila

Le concept d'« insanité morale », l'adultère et le genre
dans *Mujer rota* (2020), d'Irma del Águila

ALEJANDRO SUSTI

Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú
asusti@pucp.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0003-4489-8273>

RESUMEN:

En el presente artículo se examina la representación de la protagonista Sofía Carlota, duquesa de Alençon en la novela corta *Mujer rota* (2020), de Irma del Águila (1966), de acuerdo con el contexto ideológico y cultural de la época. En ese sentido, se presta atención al concepto de «insania moral» y su aplicación en el campo de la psiquiatría en el siglo XIX para justificar, desde la ciencia médica, la reclusión en sanatorios y manicomios de mujeres adúlteras cuyas conductas eran consideradas reprobables desde un punto de vista médico y moral, así como los tratamientos a los que eran sometidas para «expulsar la libido» de sus cuerpos, tal como sucede con la protagonista.

Palabras clave: Irma del Águila, narrativa peruana contemporánea, adulterio en el siglo XIX, género y sociedad, insania moral en el siglo XIX.

ABSTRACT:

This paper examines the portrayal of the protagonist, Sofía Carlota, Duchess of Alençon, in the novella *Mujer rota* (2020) by Irma del Águila (1966), in the context of the ideological and cultural context of the era. In this regard, attention is given to the concept of “moral insanity” and its application in the field of psychiatry in the nineteenth century to justify, from a medical standpoint, the confinement in sanatoriums and asylums of adulterous women whose behaviors were considered reprehensible from a medical and moral perspective, as well as the treatments to which they were subjected to “expel the libido” from their bodies, as is the case with the protagonist.

Key words: Irma del Águila, contemporary Peruvian narrative, adultery in the 19th century, gender and society, moral insanity in the 19th century.

RÉSUMÉ :

Cet article analyse la représentation du personnage principal, Sophie-Charlotte, duchesse d'Alençon, dans la nouvelle *Mujer rota* (2020) d'Irma del Águila (1966), à la lumière du contexte idéologique et culturel de l'époque. En ce sens, nous portons une attention particulière au concept d'« insanité morale » et à son emploi dans le domaine de la psychiatrie du XIXe siècle pour justifier, en se fondant sur la science médicale, l'internement en asile de femmes adultères dont la conduite était jugée répréhensible d'un point de vue médical et moral, ainsi que les traitements subis pour « expulser la libido » de leur corps, comme dans le cas de la protagoniste de la nouvelle.

Mots clés : Irma del Águila, roman péruvien contemporain, adultère au XIXe siècle, genre et société, insanité morale au XIXe siècle, aliénation morale au XIXe siècle.

Recibido: 28/01/2025 Aprobado: 03/10/2025 Publicado: 30/06/2026

1. Introducción

El auge de la novela histórica en las últimas décadas en la literatura peruana contemporánea es un fenómeno, por el momento, poco estudiado por la crítica: el interés de estas novelas no solo se centra en la representación de eventos o personajes vinculados con momentos decisivos en el desarrollo de la identidad colectiva de una nación¹, sino, sobre todo, en la atención prestada por sus autoras² a los sujetos históricos femeninos y cómo son sometidos a los mecanismos de dominación de la sociedad patriarcal, sin importar su nacionalidad, extracción social, cultura o etnia.

En este trabajo se analiza la novela corta *Mujer rota* (2020), de Irma del Águila (1966)³, centrando la atención en la representación de su protagonista de acuerdo con el contexto ideológico y cultural de la época. En ese sentido, se ha hecho uso del concepto de «insania moral» y su aplicación en el campo de la psiquiatría en el siglo XIX para justificar, desde la ciencia médica, la reclusión en sanatorios y manicomios de mujeres adúlteras cuyas conductas eran consideradas reprobables desde un punto de vista médico y moral, así como los tratamientos a los que eran sometidas para «expulsar la libido» de sus cuerpos.

-
- 1 «El romanticismo [...] expresa globalmente esa situación caótica [...]: las guerras civiles, el surgimiento de los caudillos, el choque de personalidades, las propuestas literarias ambiguas, las dificultades para formalizar y para organizar, por no hablar de la exaltada y confusa relación con el paisaje» (Jitrik, 1995, p. 18).
 - 2 En el Perú, algunos ejemplos recientes de ficciones históricas escritas por autoras serían las novelas *Malambo* (2022), de Lucía Charún-Illescas; *Madame Gauguin* (2022), de Fietta Jarque; *La sangre, el polvo, la nieve* (2010), de Karina Pacheco, entre otras.
 - 3 Escritora y socióloga, ha publicado las novelas *Moby Dick en Cabo Blanco* (2009), *El hombre que hablaba del cielo* (2011) y *La isla de Fushía* (2016), así como el libro de relatos *Tía, saca el pie del embrague* (2000).

2. Primeros años, experiencias frustradas y matrimonio

Los primeros años de vida de Sofía Carlota transcurren en un ambiente casi idílico⁴; sin embargo, como ocurría con toda mujer de la aristocracia o de la alta burguesía de la época, el destino de la joven estaba signado por los requerimientos de la clase social a la que pertenecía —el más importante de ellos, casarse con un miembro de su clase para garantizar la continuidad de la progenitura de su casta—. Así, los seis hijos e hijas del duque Maximiliano y la princesa Ludovica de Baviera se sometieron a un sistema de educación diseñado por su madre. Ella misma se ocupó de criarlos, lo cual se apartaba del modelo imperante en la época:

Dès les premières naissances, Ludovica a trouvé sa vocation. Toute sa vie tournera désormais autour de sa progéniture. Durant les seize années que séparent Louis de Sophie-Charlotte, elle s'efforcera de mettre au point un système d'éducation, sans se rendre compte de qu'il est en désaccord avec les ambitions que l'animent [...]. Le fia qu'elle élève ses enfants elle-même est contraire à tous les usages du Gotha. En outre, elle est de tempérament libéral et possède un sens religieux très personnel. Elle aime la terre, la nature. N'ayant aucun rôle à la Cour, elle ne choisit pas des vêtements conformes à son rang. Elle ne s'entoure pas de membres de l'aristocratie et ses manières manquent de raffinement. Elle est, selon ses propres dires, « empayannée ». (Paoli, 1995, p. 11)

A pesar de ello, las aspiraciones de la madre y la familia siempre estuvieron dirigidas a lograr que sus hijos e hijas se casaran con princesas reales y con emperadores o reyes, respectivamente (Paoli, 1995, p. 11); sin embargo, tal objetivo tropezó con una serie de obstáculos en el caso de Sofía Carlota. En 1866, por ejemplo, su hermana Elisabeth, esposa

4 «En los veranos, la familia se instalaba en su residencia de Possenhofen, a orillas del lago Sternberg. Bajo un sol magnífico, Sofía Carlota emprendía caminatas por el frondoso bosque, animaba a sus hermanos y hermanas a nadar con ella en el lago» (Del Águila, 2020, p. 21).

del emperador Francisco José, hizo un intento por casarla con uno de sus cuñados, Luis-Víctor, pero fracasó debido a que este era homosexual. Tiempo después, la inestabilidad emocional del rey Luis II de Baviera, primo de Sofía, impidió la realización de una segunda posibilidad de matrimonio. Fue en ese entonces que la joven comenzó una relación amorosa furtiva con el fotógrafo Edgar Hanfstaengl. Este último, sin embargo, también decidió cortar la relación. Finalmente, en 1868, Sofía Carlota contrajo matrimonio con Fernando de Orleans, duque de Alençon (1844-1910).

La pareja se instaló en la residencia de su suegro, Luis de Nemours, en Bushy House, localizada en las afueras de Londres (Inglaterra). En ella, la joven esposa debió someterse a las convenciones y jerarquías que imponía sobre los esposos el duque de Nemours:

El anciano anfitrión de la casa vivía apegado a antiguas convenciones y a un orden de jerarquías que enarbolaba como privilegio de su casta. Impuso a la joven pareja una vida estricta y metódica, desde el horario de las comidas hasta la ropa de etiqueta en la mesa, la elección de una dama de compañía para Sofía y su régimen de visitas. Un orden sin apelación posible, pues Nemours tenía un gran ascendiente sobre su hijo. En definitiva, una vida agobiante para la muchacha de veintidós años que veía así su vida pauteada en el más mínimo detalle. (Del Águila, 2020, p. 24)

Esta pérdida de autonomía y libertad incidió profundamente en el ya inestable carácter de Sofía Carlota, lo cual se manifestó a través de un paulatino decaimiento de su ánimo:

Con el tiempo, los síntomas de un «algo» más severo recrudecieron. La joven abandonaba la vivacidad y alegría propias de su edad y migraba a esporádicos estados de languidez. Ante el menor contratiempo, transitaba de las luces al talante más opaco. Sus conductas erráticas despertaron inquietud y vigilancia. (Del Águila, 2020, p. 25)

Los síntomas de estas crisis nerviosas no remitieron con el nacimiento de su hija Luisa:

No fue sino después del nacimiento de su hija Luisa, en el verano de 1869, que le diagnosticaron un cuadro depresivo. Estaba dominada por una sensación de desamparo que no cedía con el paso de los días. Un parto complicado y el estado de fatiga que acompañó su convalecencia, que fue larga, la llevó a guardar cama por más de tres semanas y marcó un punto de inflexión en la pareja. (Del Águila, 2020, p. 25)

Años después, Sofía Carlota será diagnosticada «con neurosis», patología que sus médicos vinculan con su libido:

Un trastorno todavía mayor se fue incubando en la mente de Sofía Carlota. Un ánimo extraño que anidaba soterrado bajo la coartada del mal bacteriano y que al fin liberó la contenida pulsión: la libido volvía y se esmeraba en horadar su sentido de la cordura.

Los médicos coincidieron en identificar en aquellos síntomas el inicio del mal psíquico y moral. (Del Águila, 2020, p. 43)

Una vez que las leyes de exilio para los miembros de la monarquía francesa son derogadas tras la derrota de la Comuna en 1871, el duque de Alençon es aceptado en el Ejército como capitán de un regimiento de artillería y asignado a las puertas de la capital, en Vincennes. La ausencia de su hijo lleva al padre a extremar las medidas de vigilancia sobre su nuera al punto de solo permitirle salir de la residencia familiar junto a una dama de compañía. Sofía Carlota, sin embargo, desobedece las indicaciones de su suegro y decide dar un paseo sola por el bosque de Vincennes, lo cual provoca que tanto el suegro como el hijo le den una severa reprimenda:

Dos días después del paseo por el bosque de Vincennes, Nemours escribió a Fernando quejándose del comportamiento de su nuera [...], expuesta a comentarios ociosos. Una mujer sola se comprometía y

comprometía su nombre, más grave todavía tratándose de la familia Orleans, con una posición tan delicada en suelo francés. Fernando se enteraba asimismo de que su mujer se había tomado fotografías recientemente, sin consultarle. Nemours aconsejó a su hijo imponer el orden en casa de una buena vez. Sofía no debía salir si no era con su dama de compañía o con alguien del servicio doméstico; Fernando tendría que solicitar y revisar las placas de vidrio, escoger las impresiones que serían reproducidas en papel mate y separar aquellas otras placas, juzgadas inconvenientes, que serían destruidas. Tampoco estaba en Sofía decidir los lugares convenientes para salir de paseo, sobre sus horarios de visita, ni a qué personas frecuentar en la ciudad o en Villiers-sur-Mer, donde pasará el verano de 1872 en compañía de sus hijos y una de sus cuñadas. (Del Águila, 2020, p. 37)

La situación de la pareja cambia radicalmente cuando se separa a causa de la precaria salud de Sofía Carlota, quien permanece unos meses en Múnich en compañía de Luisa, su hija, para «recobrase de su neurosis» y ser atendida por el doctor ginecólogo Franz Glaser. Durante ese lapso, el duque Fernando permanece en Bushy House con su padre y solo se comunica con su esposa a través de cartas, en las que ella se queja constantemente de sus dolencias y se niega a reencontrarse con su esposo:

En última instancia, los Orleans planificaron un reencuentro familiar en Niza, que debía realizarse sin apelación en el mes de marzo. En la víspera y a pesar de los ruegos familiares, Sofía se resistía a dejar su residencia en Múnich. Glaser intervino en esos días para informar a Fernando que la paciente guardaba cama a causa de un «malestar agudo» ocasionado por su periodo menstrual. Alençon escribió a su padre para describirle el extraño estado mental de su esposa, presa de una irritación creciente y de migrañas severas ante la sola mención de la fecha de partida, el 20 de marzo. En vísperas, Sofía dejó de escribirle. Impuso un inapelable silencio. (Del Águila, 2020, p. 47)

La razón de su comportamiento pronto se revela:

En algún momento entre fines de marzo y principios de junio, Sofía y Glaser se fugaron a Merano, la estación invernal ubicada en el confín del Imperio Austrohúngaro donde había nacido su hijo Emmanuel. Según todos los indicios, la pareja se veía en secreto al menos desde el otoño de 1886. Fueron interceptados antes de alcanzar la frontera suiza donde habrían intentado ponerse a buen recaudo, fuera del alcance de su familia. (Del Águila, 2020, pp. 47-48)

3. El concepto de «insania moral»

Sofía Carlota y su amante, el doctor Glaser, intentan alcanzar la frontera; pero en Merano, el límite sur del Imperio austrohúngaro, son interceptados. Fernando se traslada a Merano acompañado del hermano de Sofía, Carlos Teodoro, y un abogado; allí, Sofía le exige el divorcio. La recomendación de su hermano, médico oftalmólogo, es convocar a una junta médica, pues está convencido de que su hermana ha perdido la cordura:

Hizo llamar a los doctores Hugo von Ziemssen, Anton Nagay, Hubert von Grashey y Heinrich Kaan. Dejando de lado al doctor Ziemssen, que trató las enfermedades de Sofía, los otros miembros de la junta médica iban a hurgar en las patologías de la paciente. Y tenían cómo. Kaan era el autor de un conocido texto sobre psicopatologías sexuales; Nagay y von Grashey eran especialistas en enfermedades psiquiátricas. El doctor Nagay se desempeñaba entonces como director del asilo mental del estado del Tirol, en el pueblo de Hall, mientras que el doctor Grashey dirigía el manicomio distrital de Alta Baviera. (Del Águila, 2020, p. 48)

La junta dictamina que la duquesa sufre de «insania moral», un concepto propuesto por el doctor J. C. Prichard en 1833:

Increasingly, cases of insanity became known where the patients did not seem to dwell in some delusive state. They displayed deep

sullenness, unmitigated fury, utter shamelessness, seemingly without either purpose or motivation.

One of the constructs newly used to explain the evidence was the concept of moral insanity. It referred to a derangement of those mental faculties which presided over man's emotive framework as well as his moral faculty. (Augstein, 1996, p. 311)

La «insania moral» no produce en el paciente alucinaciones o psicopatías, sino un desorden o desequilibrio de sus facultades mentales y, con ello, la pérdida de la capacidad de distinguir entre lo moral y lo inmoral. Así, según Sepp, «la duquesa [Sofía Carlota] no podía juzgar [...] cuál era una conducta moralmente correcta. Su comportamiento con el Dr. Franz Glaser es explicado de esa manera, ya que ella había perdido todo control sobre su comportamiento sexual» (2014/2017, p. 172)⁵.

La duquesa es internada en el sanatorio Maria Grün, ubicado en las afueras de Graz, una pequeña ciudad al sureste de Austria. A este lugar es conducida por el doctor Grashey en un tren de un solo vagón desde Merano, sin detenerse en «ninguna estación, por orden expresa del cuñado de la duquesa, el emperador Francisco José» (Del Águila, 2020, p. 56). Un día después, también se dirigen allí Carlos Teodoro, la duquesa María José y el duque de Alençon. A estas alturas, la noticia ya ha sido difundida por el *Meraner Zeitung*.

El sanatorio es dirigido por el doctor Richard von Krafft-Ebing, quien, un año antes, había publicado en 1886 un estudio sobre las desviaciones sexuales titulado *Psychopathia Sexualis. With Special Reference to Contrary Sexual Instinct: A Medico-Legal Study*. En el prefacio, sostenía que «the purpose of this treatise is a description of the

5 Agradezco a la autora Irma del Águila por facilitarme la traducción del alemán al español de ciertos pasajes del libro de Sepp referenciado.

pathological manifestations of the sexual life and an attempt to refer them to their underlying conditions» (Krafft-Ebing, 1886/2012, p. iv), y legitimaba el rol de la ciencia médica en términos moralistas y religiosos:

He who makes the psychopathology of sexual life the object of scientific study sees himself placed on a dark side of human life and misery, in the shadows of which the god-like creations of the poet become hideous masks, and morals and aesthetics seem out of place in the image of God. (pp. iv-v)

En los capítulos tres, cuatro y cinco, el psiquiatra estudia decenas de casos que él clasifica como «desviaciones sexuales» —el sadismo, el masoquismo, el fetichismo, etcétera—, utilizando ejemplos de culturas descritas como «primitivas», de acuerdo a las teorías racistas y etnocentristas de la época. Asimismo, con respecto al comportamiento sexual del hombre y la mujer en la historia, plantea que, desde el surgimiento del cristianismo, los roles de ambos sexos fueron determinados por la naturaleza:

From the fact that the man by nature plays the aggressive *role* in sexual life, he is in danger of overstepping the limits which morality and law have set. The unfaithfulness of a wife, in comparison with that of a husband, is morally much more weighty, and should be more severely punished legally. The unfaithful wife dishonors not only herself, but also her husband and her family, not to speak of the possibility of *pater incertus*. Natural instinct and social position favor unfaithfulness on the part of a husband, while the wife is afforded much protection. In the case of an unmarried woman, sexual intercourse is something quite different from what it is in an unmarried man. Of a single man society demands decency; of a woman, also chastity. In the cultivated social life of today, woman, occupying a sexual position and concerning herself in the interests of society, can only be thought of as a wife (Krafft-Ebing, 1886/2012, p. 15)

Según Krafft-Ebing (1886/2012), la infidelidad de la mujer era considerada un factor desestabilizante de la sociedad, pues introducía la incertidumbre del origen paterno de los hijos(as) y deshonoraba «no solo a su esposo, sino a su familia». Si, de acuerdo con Foucault, «el desarrollo de la administración imperial y la desaparición gradual de los poderes tradicionales asignaban un papel cada vez más importante a la familia» y la situaban como el «elemento básico de la sociedad», «las relaciones sexuales entre esposos se tornaron importantes» por cuanto «podían y debían destinarse a la procreación» (Foucault, 2019, p. 271). Así, al examinar «el deber de los esposos», y siguiendo a san Agustín (354-430), Foucault determina lo que es «propio del matrimonio»:

Parece posible entender que la relación conyugal, si se cumple por una y otra parte a causa de la concupiscencia de cada uno de los dos, escapa a las reglas estrictas del matrimonio y, por consiguiente, puede convertirse en algo grave. Sin embargo, puede mantenerse dentro de los límites de la indulgencia de lo venial con una condición: atenerse a lo que es honesto (es decir a los gestos delimitados por la voluntad de procreación, aunque esa voluntad no esté presente) o, de manera general, a lo que es «propio del matrimonio»: esto es, el nacimiento posible de una progenie y el cumplimiento del deber. (2019, p. 338)

Para Pateman, asimismo, el matrimonio en la sociedad patriarcal se funda sobre el establecimiento de un contrato no solo social, sino sexual por cuanto otorga solo a los varones «la posibilidad de un igual acceso a las mujeres»; es decir, implica «una historia de sujeción [para la mujer]» (1988/1995, p. 10). Por ello, la legitimación del «instinto natural» del hombre por sobre el de la mujer coloca a esta última en una posición de subordinación y vulnerabilidad, pues la obliga a mantenerse no solo fiel a su esposo, sino a los intereses de la sociedad patriarcal: su «decencia» y «castidad» garantizan la perpetuación de esta, tal como señala Krafft-Ebing (1886/2012). Así, a diferencia del hombre, la mujer se

define sexualmente como un sujeto sedentario que debe permanecer recluida dentro del espacio doméstico y alejada del dominio público —al cual solo tendrá acceso en compañía de su esposo o bajo la forma de algún tipo de vigilancia o supervisión—.

En su tratado, Krafft-Ebing legitima su función disciplinaria como médico, psiquiatra y operador del orden moral; es decir, representa el poder que, en la segunda mitad del XIX, los médicos adquieren sobre los enfermos mentales:

El control sobre la demencia, sobre el diagnóstico y la terapia, está en las manos de unos pocos llamados/iluminados, que de esa manera deciden sobre el destino de numerosos pacientes. Ser director de un manicomio significa ser gobernante de un estado enano con un poder casi ilimitado y en el XIX, quien caía en las ruedas de un manicomio, tenía que probablemente prepararse para una larga estadía. (Sepp, 2014/2017, p. 185)⁶

En *Mujer rota*, las señales de ese poder se anuncian desde el primer encuentro entre Krafft-Ebing y la duquesa Sofía Carlota:

[Krafft-Ebing] le habló con voz pausada y grave, que iba a tono con su imagen médica y, mientras lo hacía, mantenía la mirada penetrante en su interlocutora, tal vez siguiendo el hábito del hipnotista que era o con la fija determinación de asentar su autoridad. El psiquiatra era un hombre pulcro que cuidaba de su tenida, llevaba el cabello corto con entradas pronunciadas y la barba cana, aplicadamente rasurada. Era de contextura sólida, gruesa. (Del Águila, 2020, p. 68)

La construcción del personaje del psiquiatra se realiza de acuerdo a las expectativas que revestía la figura del médico en la época:

6 «Ante los ojos del enfermo, el médico se transforma en taumaturgo; la autoridad que le daban el orden, la moral, la familia, parece ahora tenerla por sí solo: en tanto que al médico se le cree cargado de esos poderes». (Foucault, 1961/2010, pp. 258-259).

Krafft-Ebing encarna físicamente al científico consciente de su autoridad como sanador de sus pacientes. Todo en su apariencia parece ser el resultado de un cálculo premeditado: el volumen y el tono de su voz, la pulcritud de su vestimenta, las características de su corte de cabello y el cuidado puesto en su barba cana⁷. Esta encarnación es una proyección de la pretendida objetividad y racionalidad de la ciencia a la que representa y que, por oposición, define también a ese «otro» que es el/la paciente, signado por el desequilibrio y la pérdida de sus facultades físicas y/o mentales.

No obstante, es evidente que, para Krafft-Ebing, el caso de la duquesa es distinto por su vínculo familiar con el emperador Francisco José, por lo que se muestra muy cauteloso al explicar la naturaleza de los pacientes del sanatorio y el trato que se les da:

Le comentó que el sanatorio abría sus puertas a pacientes que, como ella, sufrían de alguna neurosis o neuropatía transitoria. Solo eso, personajes con males pasajeros. Al sanatorio, le aseguró Krafft-Ebing, las personas mentalmente desequilibradas, víctimas de severos males, eran «expresamente excluidas», derivadas a otros psiquiátricos. El alienista y médico forense sabía de sobra que el rostro desencajado de la locura espantaba a la sociedad, temerosa de las nacientes psicopatologías. (Del Águila, 2020, p. 69)

Krafft-Ebing se ofreció a mostrarle la sala. Difícil decir que no[,] pues Sofía Carlota de Wittelsbach era una paciente de rango. En el territorio austrohúngaro esa mujer era, antes que la mujer del señor de Alençon, la cuñada del emperador Francisco José, la carismática Sissi, que seguía con preocupación el estado de salud de su hermana menor. Esas deferencias

7 «El médico es en esencia un cuerpo; más precisamente, es un físico, una caracterización determinada, una morfología determinada, bien definida, en la que se destacan el desarrollo de los músculos, la amplitud del pecho, el color del pelo, etc.» (Foucault, 2003/2007, p. 19).

protocolares con ciertos pacientes encumbrados eran trámites de excepción[,] pero aceptados sin reservas en la vida institucional del sanatorio. (Del Águila, 2020, p. 70)

Aun cuando, en el espacio del sanatorio, Krafft-Ebing goza del privilegio de ser el «gobernante de un estado enano con un poder casi ilimitado» (Sepp, 2014/2017), se ve obligado a concederle a su huésped el «favor» de recorrer sus instalaciones. En cierta medida, la presencia de la duquesa restringe su poder; por ejemplo, cuando pregunta sobre la naturaleza del galvómetro y el uso terapéutico de la electricidad en la medicina moderna:

—Pero ¿cómo opera la electricidad en el cuerpo? ¿cómo es que consigue producir bruscos cambios en el estado de ánimo? —quiso saber Sofía.

Krafft-Ebing admitió que, en realidad, no existía consenso entre neurólogos, psiquiatras y médicos.

—Lo que sabemos —comentó el alienista (carraspeó antes de continuar)— lo sabemos por años de observación con innumerables pacientes quejados de males mentales y que fueron tratados exitosamente con diversas terapias eléctricas en sanatorios, asilos y hospitales en toda Europa. Hoy en día, la comunidad científica admite que las descargas eléctricas estimulan los centros nerviosos y consiguen por este medio regular el trabajo de los vasos sanguíneos que irrigan de sangre los cerebros debilitados.

—¿Esto es todo?, ¿nuestro cerebro opera como un telégrafo que recibe las descargas de los hilos eléctricos?

—Sí y no —el psiquiatra celebró la alegoría mecánica con una complaciente sonrisa—. Los humanos estamos dotados de un sistema nervioso sofisticado[,] pero, en tanto seres superiores de la creación, somos también espíritu. Pero de nuestra psique, que orienta nuestra conducta, tendremos oportunidad de conversar en los siguientes días. (Del Águila, 2020, pp. 72-73)

El diálogo revela algunas de las limitaciones de los procedimientos empleados por los neurólogos, psiquiatras y médicos; la falta de consenso en cuanto a sus hallazgos, así como la incredulidad de la duquesa en su eficacia: las respuestas del psiquiatra no aclaran las dudas y vacíos del discurso científico, basado exclusivamente en la observación y que muestra indicios de un conocimiento solo parcial del sistema nervioso humano. Asimismo, el lenguaje metafórico de la duquesa contrasta de forma significativa con las explicaciones «racionales» del médico: las rebasa y provoca en él respuestas que guardan poca relación con la objetividad científica.

4. El adulterio como transgresión social y moral

La situación de la duquesa es, como se ha visto, bastante delicada. Dada la posición social que ocupa y su vínculo con la familia real, el adulterio constituye una infracción sumamente grave contra la moralidad burguesa. Como señala Nastasescu,

la problemática del adulterio reside en que la persona infiel se encuentra tanto fuera como dentro del matrimonio, y el adulterio se erige como un exterior constitutivo que demarca los límites del matrimonio y la moralidad burguesa, por lo que también forma parte del dispositivo de poder. En ese sentido, el adulterio es constitutivo del matrimonio, porque sin una transgresión, no hay una normatividad [...]. Esta doble transgresión, la de cohabitar ambos espacios y la de romper el contrato matrimonial, las traslada de una situación socialmente céntrica —al amparo de la institución básica de la sociedad burguesa, el matrimonio— a un destino marginal y periférico. (2024, p. 53)

Expuesta al ojo público, la transgresión de Carlota Sofía la coloca en el lugar que precisamente no debe ocupar ninguna mujer de la aristocracia: el espacio público, que es, por naturaleza, un espacio masculinizado en el contexto de su época, el cual solo frecuentan las mujeres «públicas» o «de la calle» —es decir, las prostitutas o aquellas que se dedican al mundo del espectáculo—.

El escándalo presenta, además, cuatro aristas. La primera es eminentemente jurídica, pues la duquesa ha «roto» el contrato matrimonial que le exige fidelidad a su marido, así como la procreación y el cuidado de los hijos. La segunda tiene naturaleza médica, pues, al dar rienda suelta a su deseo sexual, contraviene la práctica «normalizada» de la monogamia y la satisfacción de «un mínimo deseo sexual», como anota Krafft-Ebing en su tratado:

If she is normally developed mentally, and well bred, her sexual desire is small. If this were not so the whole world would become a brothel and marriage and a family impossible. It is certain that the man that avoids women and the woman that seeks men are abnormal. (1886/2012, p. 13)

En tercer lugar, existe una arista económica: si al casarse la mujer provee al matrimonio una dote que solo puede ser administrada por el varón, sin derechos sobre ella ni tampoco la posibilidad de administrar o heredar bienes y/o patrimonios, el adulterio implica el riesgo de perder los beneficios económicos y la custodia de los hijos. En cuarto lugar, desde un punto de vista religioso, Carlota Sofía ha cometido un pecado mortal —el adulterio y, de paso, la fornicación—, lo cual «no puede arrancarse de raíz sin la “mortificación corporal, las vigiliass, los ayunos, el trabajo que quebranta el cuerpo”» (Casiano, citado por Foucault, 2019, p. 251)⁸.

A Sofía Carlota, por lo tanto, la sociedad le ofrece solo dos caminos para expiar su trasgresión: (1) ser recluida en el sanatorio y, con ello, admitir que ha tenido una conducta patológica desde el punto de vista médico psiquiátrico y moral —requisito que cumplirá al aceptar ser

8 Según san Agustín, «la relación conyugal practicada con vistas a la procreación está completamente exenta de pecado; la que se tiene “para satisfacer la concupiscencia” constituye una falta venial, y los actos que se cometen al margen o en contra de los vínculos del matrimonio (fornicación o adulterio) [...] son pecados mortales» (Foucault, 2019, p. 336).

tratada por el doctor Krafft-Ebing—, o (2) renunciar a la vida mundana a través del ejercicio espiritual y reintegrarse así al seno de la Iglesia.

5. «Expulsar la libido del cuerpo»: permanencia y tratamiento en el sanatorio

Como señala Sepp, existe poca información sobre el internamiento de Sofía Carlota y es difícil reconstruir esa etapa de su vida⁹; no obstante, la mayor evidencia de su resistencia al tratamiento reside en que continúa comunicándose con su amante a través de cartas, algunas de las cuales son interceptadas debido a un complejo sistema de espionaje diseñado por su esposo (2014/2017, p. 194)¹⁰. Aunque se encuentra

internamente muy afectada, externamente aparenta conservar la calma, para no darles a sus cuidadores la alegría de parecer histérica. Uno de los espías relata que la duquesa estaba alegre y de buen humor, lo que al duque le asombró, a la luz de las cartas. (Sepp, 2014/2017, p. 195).

Estas observaciones cobran importancia porque demuestran que el estado mental de Sofía Carlota no es el de una paciente que ha perdido control sobre sí misma.

El tratamiento básicamente consiste en que la paciente sea sumergida en agua helada y se someta a «tratamientos morales» con el doctor Krafft-Ebing —terapias conversacionales que en la novela asumen la forma de paseos terapéuticos por los jardines del sanatorio—. Estas modalidades son consideradas «medidas medias», lo cual no implica

9 «Una historia médica, en la que pudiéramos ver qué medidas fueron tomadas, no existe. Porque todas las actas de los internos del Maria Grün han desaparecido» (Sepp, 2014/2017, p. 193).

10 «Una carta destinada al amante fue entregada a Fernando, tutor legal y moral de su esposa, siguiendo sus estrictas instrucciones. Bajo un estado de exaltación febril, Sofía Carlota o su cerebro neurótico había escrito a su amante una carta de veinte y un páginas. Fernando leyó cada uno de los párrafos» (Del Águila, 2020, p. 54).

que el doctor no piense en algún momento tomar medidas más severas. En la novela, además, se agrega el tratamiento con morfina y «electromasajes [...] por espacio de cincuenta minutos, suaves ondas electromagnéticas sobre los brazos y el hombro» (Del Águila, 2020, p. 87). Estas técnicas le son impuestas a Sofía Carlota para «expulsar la libido del cuerpo», como explican los médicos.

En la novela, asimismo, la narradora heterodiegética y omnisciente¹¹ interpola pasajes que constituyen analepsis —episodios ocurridos antes del internamiento de Sofía Carlota— y revelan los inicios de su relación con el doctor Glaser, así como la forma en que los ginecólogos auscultaban a las mujeres a fines del siglo XIX:

En su cama del sanatorio Maria Grün se contemplaba a sí misma echada en la cama del consultorio de Múnich, en un estado de creciente placidez bajo el efecto de la sustancia opiácea. Su cuerpo estaba alerta a la espera del contacto inminente del médico[,] quien, con pudor clínico, había tenido el cuidado de cubrir el camión de la paciente con una sábana de lino. [...] El doctor Glaser, de acuerdo con los procedimientos médicos, desviaba la mirada, evitando encontrar los ojos de la mujer que auscultaba; bajo ninguna circunstancia se esperaba que contemple la vagina, considerada una grave falta de decoro y al código de deontología. (Del Águila, 2020, p. 97)

La escena revela una de las causas de la enfermedad de Sofía Carlota. Durante la auscultación experimenta un orgasmo mientras el doctor examina sus órganos reproductivos:

11 He optado por la feminización de la narradora basándome en la solidaridad que establece con la protagonista y, además, en la necesidad de restituir a la figura de la autora su posición dentro del campo literario, tal como plantea Pérez Fontdevila (2017, p. 137).

Solo entonces le dirigió la palabra «¿siente dolor?», sin mirarla. Una pregunta al cuerpo que auscultaba con mil precauciones. El índice y el anular seguían laborando en lo suyo, pujando por llegar al fondo de su aparato reproductivo. «¿Siente dolor?», insistió el médico. Se le puso la piel de gallina al contacto con esa voz masculina. Sentía que sus mejillas se sonrojaban, poniéndola en evidencia. El índice y el anular ingresaban y se replegaban, rozaban vasos sanguíneos, nervios y pequeños fibromas. Y en ese ir y venir brotaba sin remedio un fluido y una repentina rigidez del cuello uterino que definitivamente ya no era algo suyo. [...] Ella se dejaba hacer, «¿siente dolor?», ya no daba ninguna batalla. Solo se estaba quieta y resoplaba lo que sonaba a fatiga por algo que se gestaba en su intimidad. Ondas trepiden en la sien, golpeaban como el goteo de una lluvia persistente sobre un techo de calamina. [...] ¿Qué era sentir «dolor» sino ese ya no poder más y ese reclamo por un tibio desfogue? ¿Qué era «sentir» sino ese dolor por ausentarse de la escena del consultorio que era, al mismo tiempo, un estremecimiento que solo podía ser ella misma, en carne y hueso? (Del Águila, 2020, pp. 98-99)

Luego, Sofía y Glaser establecen contacto visual, con lo cual rompen las reglas establecidas en torno al «decoro» y la conducta a las que, tanto el médico como la paciente, deben atenerse durante la consulta: «Buscó tímidamente el rostro del médico. Y lo encontró; se atrevió a mirarlo fijamente a los ojos. Y al hacerlo se sobresaltó: el doctor Franz Glaser tenía la vista puesta en ella» (Del Águila, 2020, p. 99).

La escena puede interpretarse de diversas formas. En primer lugar, metaforiza simbólicamente el reencuentro de Sofía con su propio cuerpo y sexualidad, a través de la auscultación realizada por el médico, señal de la profunda insatisfacción de su vida sexual con su esposo, el duque. En segundo lugar, el paso del contacto corporal al visual da origen a una transferencia análoga a aquella que describe Freud:

Otra parte de esas mociones libidinosas ha sido demorada en el desarrollo, está apartada de la personalidad consciente así como de la realidad

objetiva, y sólo tuvo permitido desplegarse en la fantasía o bien ha permanecido por entero en lo inconsciente, siendo entonces no consabida para la conciencia de la personalidad. Y si la necesidad de amor de alguien no está satisfecha de manera exhaustiva por la realidad, *él se verá precisado a volcarse con unas representaciones-expectativa libidinosas hacia cada nueva persona que aparezca, y es muy probable que las dos porciones de su libido, la susceptible de conciencia y la inconsciente, participen de tal acomodamiento* [énfasis añadido].

Es entonces del todo normal e inteligible que la investidura libidinal aprontada en la expectativa de alguien que está parcialmente insatisfecho se vuelva hacia el médico. (1912/1991, p. 98)

Aun cuando Freud usa el concepto de transferencia para referirse a la relación entre el/la paciente y el analista, en la escena de la consulta sí cabe hablar de una transferencia de la *imago paterna* —expresión propuesta por Jung y que Freud adopta—, es decir, de la figura paterna que se fija en el inconsciente de una persona durante la infancia. Por ejemplo, no resulta casual que, en el capítulo previo, la duquesa evoque la figura de su padre, Maximiliano, e incluso la del fotógrafo Edgar Hanfstaengl, todo ello bajo los efectos de la morfina (Del Águila, 2020, p. 93)¹². Además, la casi nula información, tanto en la novela como en las biografías, sobre Glaser¹³ lo convierten en una suerte de sombra cuyo perfil se proyecta sobre aquellos hombres por quienes Sofía sintió un intenso afecto: «Sofía no entendía cómo se colaban insistentemente las imágenes de su infancia y adolescencia pasadas en Possenhofen, al lado de su padre, el Wittelsbach de los bigotes castaños[,] con las de sus amantes» (Del Águila, 2020, p. 93).

12 Esta observación me fue compartida por la autora de la novela.

13 «El embajador de Prusia en el reino de Bavaria [...] expuso por escrito sus impresiones banales[:] “el doctor Glaser es un adinerado hombre casado, se asemeja con su bigote parado y rubio a un cierto fotógrafo Hanfstaengl que jugó un rol muy importante en la vida de la señora”» (Del Águila, 2020, p. 94).

A comienzos de 1888, finalmente, el duque y la duquesa parten de Graz para dirigirse a Viena, en donde son recibidos por el emperador y la emperatriz, y se instalan en un hotel céntrico de la ciudad. La reinserción en el mundo familiar, sin embargo, se realiza sin que la condición psíquica de Sofía Carlota haya cambiado en lo esencial. La familia —y, en particular, el duque— se ocupa de borrar cualquier indicio referido al «mal» que sufrió Sofía, haciendo desaparecer cartas, documentos y todo tipo de pruebas. En ese sentido, resulta sintomático —y poco creíble— que, en su biografía, Paoli contradictoriamente señale que

jamais Alençon ne prononcera le mot d'adultère. Pour lui, Sophie-Charlotte est une malade qu'il faut soigner et ses propos sont parfois dénués d'humanité : « Je ne puis m'empêcher de penser aux mesures de protection que je pourrais avoir à prendre pour mettre ma dignité et la sécurité de mon intérieur à l'abri des dangers que leur fait courir le retour fréquent de pareilles crises d'aliénation ». (1995, p. 224)

Aun cuando el uso de la expresión «crisis de alienación» empleada por el duque pueda justificarse, es evidente que se trata de una estrategia con la cual oculta el verdadero origen de los males de la duquesa: como parte de su estrategia de «borrar» el pasado de su esposa, elude el uso del término *adulterio* por considerarlo escandaloso. Más sintomático aún es el hecho de que, en el mismo fragmento de la carta citada por Paoli (1995), mencione la necesidad de proteger «su dignidad y seguridad» de «los peligros que le hace correr el retorno frecuente de las aludidas crisis de alienación» de su esposa. Esta estrategia contrasta con la descripción que se hace de la duquesa al salir del sanatorio:

Presentía su frágil condición entre los sujetos normales; la de una mujer rota que en adelante tendría que vivir con cuidados extremos para evitar las recaídas. Sabía que no había cura para los estados depresivos ni para ese otro mal, la insania de sus deseos más íntimos. Tenía el germen de las pulsiones sexuales instalado en su organismo. La enfermedad la habitaba.

Ese elemento patógeno se mantendría en estado latente y solo desaparecería con su muerte. (Del Águila, 2020, p. 106)

Mientras que en el texto de la biografía se defiende aún la «humanidad» y dignidad del duque, en *Mujer rota* la narradora hace abierta alusión a las «pulsiones sexuales» que, a pesar de tratamiento al que Sofía ha sido sometida en el sanatorio, persisten y hacen latente la posibilidad de un nuevo encuentro con Glaser. En el fragmento, además, se sugiere que la duquesa implícitamente acepta «la insania de sus deseos más íntimos», es decir, parece adoptar sin cuestionamiento alguno el concepto aplicado por la psiquiatría.

Asimismo, el gesto de intentar borrar y «reescribir la historia» por parte del duque es análogo al objetivo de los psiquiatras de borrar/expulsar la libido del cuerpo de la duquesa. En el caso del duque, se trata de hacer desaparecer todo vestigio del desprestigio y deshonor que el adulterio de su esposa produjo en su familia y en su imagen de *pater familias*¹⁴; en el caso de los psiquiatras, se trataría de lograr «sanar» a una paciente atacada por la «insania moral» y legitimar el prestigio de la psiquiatría como disciplina científica. Pese a tener distintos matices, ambos procedimientos coinciden en el ejercicio del poder y control sobre el cuerpo de la mujer.

6. Epílogo

El último refugio que alcanza Sofía Carlota para paliar su infelicidad y melancolía es el retorno a una vida espiritual que la acerque a Dios y la aleje de «cualquier vanidad que la atase al mundo»:

14 Es también sintomático que el duque de Alençon decidiera reemplazar la primera escultura creada por el famoso artista Louis-Ernest Barrias (1841-1905) para ser colocada sobre su tumba, pues lo perturbaba «el seco realismo de la obra: el cuerpo de Sofía Carlota se retuerce de dolor» (Del Águila, 2020, p. 19).

Resulta extraño que Sofía Carlota escribiera su testamento un año antes de la tragedia¹⁵. Como si presintiera su final. Ordenó que, al morir, una religiosa o una hermana de las Terciarias de Santo Domingo le corte los cabellos y los queme por completo. Dejando solo un mechón para su esposo, por quien albergaba al final de sus días un tierno y pío afecto. Sofía deseaba así humillarse ante su Dios, despojándose de cualquier vanidad que la atase al mundo, incluso sus atributos de mujer, que serían reducidos a cenizas. (Del Águila, 2020, p. 123)

Casi dos décadas antes, en 1878, la duquesa ya había recurrido a su fe cristiana para aliviar sus profundas crisis depresivas, su «ánimo melancólico» y su «sensación de absoluto desamparo» (Del Águila, 2020, p. 83). En ese entonces escribe a su confesor, el padre Chocarne, quien le recomienda hacer un viaje de peregrinación a Lourdes, en los Pirineos franceses, y visitar la gruta de Massabielle, lugar en el que veinte años antes la Virgen María se le había parecido a una humilde muchacha del poblado. Al visitar el lugar, rodeada de miles de peregrinos, Sofía Carlota

se sintió bendecida. Pocos días después, otra carta desde Lourdes [al padre Chocarne] daba cuenta de la transformación: Dios había escuchado sus súplicas, la rescataba del suelo baldío. Al fin, se le concedía la gracia tan esperada, tan solicitada en sus rezos, como ocurre con «el rocío de este corazón muerto».

[...]

En aquella época, la mujer experimentó un renacimiento que fue, al mismo tiempo, un renunciar a sí misma. Porque el sosiego que encontraba en su espíritu lo obtenía a costa de perder el cuerpo, de borrar todo rastro de su yo y, más aún, de su yo-carnal. Cada minuto que arrancaba de sus obligaciones sociales lo dedicaba a la lectura de las meditaciones

15 El 4 de mayo 1897, con ocasión del Bazar de la Charité católica que se celebra cada año en París para recolectar fondos para los pobres y la Obra de los Noviciados Dominicos, se produce un incendio en el que perece la duquesa.

religiosas y a sus obras de caridad. Renovó sus votos de castidad. (Del Águila, 2020, p. 84)

La renuncia a la vida mundana y sus placeres acerca a Sofía Carlota al modelo del asceta y al principio de la «templanza» con sus «dos aspectos correlativos», de acuerdo con el pensamiento de Clemente de Alejandría, teólogo de mediados del siglo II d. C.:

[...] el dominio del alma sobre el cuerpo, que es una prescripción natural, ya que está en la naturaleza de la primera ser superior y en la del segundo ser inferior, tal como lo indica el emplazamiento del vientre, que es una suerte de cuerpo del cuerpo («es preciso dominar los placeres y también regir como amo al vientre y lo que está debajo»). (Foucault, 2019, p. 56)

La victoria «del alma sobre el cuerpo» coincide, en apariencia, con la «expulsión de la libido del cuerpo» que el tratamiento psiquiátrico persigue. No obstante, el «arte» —o las técnicas— del asceta y del psiquiatra difieren notablemente: al abstenerse de los placeres mundanos y los de la carne, Sofía Carlota encuentra una vía opuesta a la violencia de los invasivos tratamientos psiquiátricos que intentan penetrar en su psiquis. Para el asceta, en cambio, la templanza «consiste en procurar que [el cuerpo] llegue a ser o siga siendo “el templo de Dios” y sus miembros sean y sigan siendo los “miembros de Cristo”» (Foucault, 2019, p. 63)¹⁶.

Asimismo, Sofía Carlota opta por la práctica de la penitencia:

Se trata, en efecto, de la forma de la subjetividad: ejercicio de uno mismo sobre sí mismo, conocimiento de uno mismo por sí mismo, constitución de uno mismo como sujeto de investigación y discurso, liberación, purificación de sí y salvación por medio de las operaciones que iluminan

16 «La templanza no es deshacerse del cuerpo, sino movimiento del *Logos* incorruptible en el cuerpo mismo, un movimiento que lo lleva hasta otra vida, la única en la que podrá vivirse la vida angélica, y donde la carne íntegramente purificada ya no conocerá la diferencia de los sexos y las relaciones que los unen» (Foucault, 2019, pp. 63-64).

hasta el fondo de uno mismo y llevan los más profundos secretos a la luz de la manifestación redentora. (Foucault, 2019, p. 70)

Este repliegue en sí mismo es una forma de alejamiento y disolución de sus vínculos con el orden social y moral estructurado en torno a la sujeción de la mujer por el hombre en la sociedad patriarcal. No se pretende con ello proponer en este estudio que la protagonista encuentra una respuesta y expresa su rechazo a esa sociedad, pues la liberación material que ello implicaba resultaba imposible para una mujer en el marco de la época. Más bien, el sacrificio de su deseo y carne va en dirección contraria al creciente materialismo de la sociedad moderna. En ese sentido, su muerte —de acuerdo a las descripciones e interpretaciones que hacen los biógrafos— podría entenderse como una inmola- ción para alcanzar, finalmente, la tan ansiada paz que reclamaba su atormentada alma, así como una manifestación del fracaso de los procedimientos de la psiquiatría del siglo XIX, ciencia que pretendía haber alcanzado un mayor conocimiento de la psiquis humana.

7. Conclusiones

La novela reconstruye la situación de una mujer de la aristocracia diagnosticada con neurosis e «insania moral», categoría creada por la psiquiatría del siglo XIX para clasificar y vigilar el comportamiento sexual de aquellas mujeres adúlteras que no se ajustaban a las normas establecidas por la sociedad patriarcal de la época y de las cuales se sostenía que habían perdido sus facultades mentales. Así, la psiquiatría se convirtió durante ese período histórico en una ciencia que, basada en la capacidad de observación desarrollada por el positivismo en el siglo XIX, también operó como un dispositivo de control y vigilancia moral de la conducta de la mujer, quien debía limitarse a cumplir el rol reproductivo que se le había asignado según el contrato matrimonial y garantizar, de ese modo, la perpetuación de los privilegios de su clase y la dignidad de su esposo y familia.

El objetivo principal del tratamiento conducido por el doctor Krafft-Ebing y sus colegas en el sanatorio de Graz es «expulsar la libido del cuerpo de la paciente» partiendo del hecho de que Sofía Carlota ha perdido conciencia de las pulsiones sexuales que se han instalado en su organismo y gobiernan su psiquis. Sin embargo, el proyecto no surte los efectos esperados y Sofía Carlota, quien a lo largo de su permanencia en el sanatorio también pone en evidencia las limitaciones del tratamiento psiquiátrico, en la última etapa de su vida encuentra en la renuncia a los placeres mundanos y en la penitencia una vía de consuelo a su inadecuación a las normas sociales y morales para, finalmente, inmolarsse en el incendio del Bazar de la Charité, en 1897.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Augstein, H. F. (1996). J C Prichard's concept of moral insanity—a medical theory of the corruption of human nature [El concepto de insania moral de J. C. Prichard: una teoría médica sobre la corrupción de la naturaleza humana]. *Medical History*, 40(3), 311-343. <https://doi.org/10.1017/S0025727300061329>
- Del Águila, I. (2020). *Mujer rota*. FCE.
- Foucault, M. (2007). *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)* (F. Ewald, A. Fontana y J. Lagrange, Eds.; H. Pons, Trad.). FCE. (Obra original publicada en 2003)
- Foucault, M. (2010). *Historia de la locura en la época clásica II* (J. J. Utrilla, Trad.). FCE. (Obra original publicada en 1961)
- Foucault, M. (2019). *Historia de la sexualidad 4. Las confesiones de la carne* (F. Gros, Ed.; H. Pons, Trad.). Siglo XXI.
- Freud, S. (1991). Sobre la dinámica de la transferencia. En S. Freud, *Obras completas. Volumen XII (1911-1913)* (pp. 93-105). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1912)
- Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Biblos.
- Krafft-Ebing, R. (2012). *Psychopathia sexualis. With special reference to contrary sexual instinct: a medico-legal study* [Psicopatía sexual. Con especial atención al instinto sexual opuesto: un estudio médico-legal] (C. G. Chaddock, Trad.). Forgotten Books. (Obra original publicada en 1886)
- Nastasescu, D. (2024). En las fronteras de la moralidad burguesa del siglo XIX: el adulterio femenino exterior constitutivo del

- matrimonio. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, (n.º extraordinario 10), 51-63. https://doi.org/10.26754/ojs_tropelias/tropelias.20241010570
- Paoli, D. (1995). *Sophie-Charlotte Duchesse d'Alençon. Au delà du mythe* [Sophie-Charlotte, duquesa de Alençon: más allá del mito]. Racine.
- Pateman, C. (1995). *El contrato sexual* (M.^a L. Femenías, Trad.). Anthropos; UAM. (Obra original publicada en 1988)
- Pérez Fontdevila, A. (2017). *Un común singular. Lecturas de la autoría literaria* [Tesis de doctorado, Universitat Autònoma de Barcelona]. Tesis Doctorals en Xarxa. <https://hdl.handle.net/10803/402398>
- Sepp, C. (2017). *Sophie Charlotte. Sisis leidenschaftliche Schwester* [Sophie Charlotte: la ardiente hermana de Sisi]. August Dreesbach Verlag. (Obra original publicada en 2014)